

## La lectura de los textos y la autonomía de los campos intelectuales.

Edward P. Thompson, Henry Miller y Georges Orwell

Alejandro Estrella Gonzalez

(Instituto de Investigaciones Sociales UNAM e Universidad de Cádiz)

Nadie juzga o valora un documento desde un punto de vista puro. La relación del lector con su materia implica volcar toda una batería de recursos y sesgos incorporados, desde una posición específica y orientados por unos intereses determinados. Este hecho, que debería ponernos en guardia y animarnos a activar dispositivos que redundaran en una mayor prudencia epistemológica, suele constituir, en cambio, cantera de equívocos y cortocircuitos en diverso grado. El diálogo sólo es posible cuando existe una disposición de escucha. Y esta disposición supone, en primer lugar, una tendencia hacia el "olvido de uno mismo" y una apertura hacia "el otro" que habla en el texto. Sólo entonces, cuando nuestra aproximación al documento se realiza desde dicha disposición, es posible juzgar y valorar, criticar o construir algo nuevo a partir del material sobre el que trabajamos. Evidentemente, esa apertura no significa que podamos hacernos –si es que existe algo así– con el sentido original del texto. Nuestra posición, intereses, bagajes y sesgos nunca quedan del todo en suspenso. De modo que no basta con una mera voluntad personal de objetivación. El error, en este caso, habita en la creencia de que la objetividad (o la verdad), resulta un asunto que se resuelve en la relación personal del lector con el texto. La disposición –suerte de inconsciente histórico– a la que me refiero, apunta más bien a la incorporación de esas técnicas de prudencia epistemológica que, legadas por las convenciones de los diferentes campos disciplinarios, nos sitúan en la senda de un incremento de la despersonalización de nuestro "punto de vista".

Valga como ejemplo paradigmático de esta problemática la diatriba que sostiene E.P. Thompson en "Outside the Whale" (1960 *The New Left Review*), a la sazón, bello artículo contrarreplica al "Inside the Whale" de G. Orwell (1942, *Twentieth Century Authors*). En su texto, Thompson analiza la ideología dominante en el contexto británico de la Guerra Fría (*The Great Apathy*) y el papel que los viejos intelectuales de izquierdas como Orwell desempeñaron al respecto. Dicho papel vendría marcado por la denuncia de cualquier compromiso político de izquierdas y el posterior repliegue hacia posiciones "quietistas" (que basculan desde el retraining místico de Auden al desengaño de Orwell). Thompson nos habla desde la posición de un intelectual de izquierdas que, habiendo abandonado la disciplina del PCGB, mantiene viva la llama de las luchas antifascistas de los frentes populares; suerte de activismo político que pretende reactivar a través del movimiento de la *New Left* y el humanismo socialista. Contrasta dicha perspectiva con la de los autores citados, quienes –una generación mayor que la de Thompson– vivieron con entusiasmo la década de los 30 y con horror y desengaño el final de dicha década. Es aquí donde se forja ese quietismo que será finalmente reactivado en el marco de la *Great Apathy*, al finalizar el conflicto mundial. En otras palabras, emplazado en la lógica de la Guerra Fría, en unas estructuras políticas y culturales que "congelan" cualquier conato de rebeldía afirmativa,

Thompson establece un vínculo genético entre la respuesta intelectual ante dicha coyuntura y la que ofrecieron Orwell y Auden a finales de la década de los 30.

Quienes hemos leído 1984 nos sentimos tentados a rendirnos a la crítica a la que Thompson somete el retraimiento político de Orwell. Sin embargo, no deja de ser curioso que "Inside the Whale", lejos de un ensayo estrictamente político, fuera en realidad una reseña crítica de *Trópico de Cáncer* de Henry Miller. Orwell señala como esta obra, publicada en 1935, inaugura una nueva sensibilidad e introduce una ruptura en la tónica dominante en el campo de la literatura inglesa de los años 30. Frente a la vocación militante (de izquierdas) que impera entre los escritores de la década, Miller nos remite a un mundo de parias, pseudoartistas fracasados, putas, borrachos, chinches y enfermedades venéreas. Y lo hace además combinando una enorme sensibilidad y realismo humano al describir a esta suerte de *lumpen*, con la más absoluta indiferencia ante el "proceso mundial", ante una civilización que parece tocar a su fin hundiéndose en el fascismo, las purgas y la guerra. El encuentro de Orwell con Miller en París, cuando aquel marchaba camino de España, resulta revelador: frente al entusiasmo del militante, la más absoluta indiferencia del bohemio. No quiere esto decir que Orwell fuera insensible a la pasividad frente la bota fascista; es más, esta postura debe considerarse como un acto de irresponsabilidad (en el "León y el Unicornio", el propio Orwell no escatima en insultos hacia la clase política británica y su actitud apaciguadora hacia Hitler). Con su ensayo sobre *Trópico de Cáncer*, lo que Orwell pretende señalar es cómo frente a la tónica dominante del campo literario de los años 30 –gobernada por lo que Antonio Polito denomina como "uno de los grandes demonios del siglo XX: la pasión política"– Miller introduce una ruptura, una actitud novedosa llamada a crear escuela: mientras arde Roma, se limita a tocar el laúd; muchos lo hacen, pero al contrario que ellos, él lo toca de cara a las llamas. Es la afirmación de un escritor que habla con brutal honestidad y que, en un sentido estrictamente literario, se encuentra completamente justificada: frente al sermón y las llamadas a la balloneta calada: "¡que alivio –señala Orwell recordando la literatura de la Gran Guerra– habría supuesto en tales momentos leer algo sobre los titubeos de un hombre de mediana edad y de mediana cultura, calvo para más señas!"

Desde esta perspectiva, desde un Orwell que nos habla como crítico cultural y literario ¿se encuentra justificada la crítica de Thompson? Sí y no. Sí, si consideramos que la finura del análisis de Orwell choca en ciertas ocasiones con reprobaciones excesivamente monolíticas de la intelectualidad británica de los años 30: como recuerda Thompson, el celo político-doctrinario y la perversidad convivieron con actitudes nobles y desinteresadas en una coyuntura, no de elección pura y descontextualizada, sino sometida a urgencias históricas y políticas. No resulta en cambio atinada la valoración de Thompson cuando su voluntad expresiva –en este caso, de indudable cariz profético–, juzga políticamente aquello que Orwell valora en términos literarios. Preso de una lógica del reflejo que traslada sin coste alguno la razón política a los campos intelectuales, Thompson comete errores interpretativos que dificultan un adecuado diálogo crítico con su adversario. Pese a todo, "Outside the Whale" es un texto, no sólo magníficamente escrito, sino política e intelectualmente relevante. Entre otras, quizás por la misma razón por la que Orwell consideraba justificada y oportuna la obra de Miller. Al igual que en el caso del escritor norteamericano, el Thompson de mediados de

los años 50 constituye hasta cierto punto una anomalía en el marco de la intelectualidad británica de la Guerra Fría. Si bien es cierto, como nos recuerda Hobsbawm, lo complicado no era ser comunista antes de 1956 sino después, también es cierto que la apasionada defensa de la *agency* que va a realizar el historiador inglés a lo largo de estos años se llevará a cabo en una coyuntura cada vez más dominada por disciplinas y propuestas que ponían el acento precisamente en todo lo contrario: la negación de la historia y la sobrevaloración de las determinaciones anónimas que gobiernan la acción humana. Parte del éxito posterior de Miller y Thompson, puede considerarse entonces como la consolidación de estrategias en su momento rupturistas con la tónica ascendente en cada uno de sus campos respectivos.

No obstante, esta valoración positiva no debe hacernos perder de vista cómo la urgencia política puede -a través del filtro de unas disposiciones proféticas- introducir sesgos que den al traste con esa prudencia epistemológica que deriva de la plena conciencia por parte del lector, intérprete o crítico, de que nadie juzga o valora un texto desde un punto de vista puro, sino desde una posición específica y orientado por unos intereses determinados. Así, para que el diálogo crítico sea fructífero requiere evitar el cortocircuito que, como ocurre en el caso de Thompson frente a Orwell, supone juzgar un texto desde una lógica exógena al campo en el que este se ha producido; véase, evitar juzgarlo sin comprender el contexto, los objetivos y la *doxa* a la que se asocia, eludir una crítica que no venga acompañada de una problematización de la propia posición y los intereses asociados al "punto de vista" del crítico. Esta prudencia epistemológica de la que se derivan efectos teóricos (v.g. nos permite apreciar la temporalidad diferencial de los campos o el distinto significado -revolucionario o conservador- que adquiere un mismo hecho según el campo en el que nos situemos), constituye sólo un ejemplo de las técnicas reflexivas que contribuirían a fomentar esa disposición de escucha, verdadero patrimonio del mundo intelectual.